

Abelle, que se encontraba más cerca de ella que el médico, dijo vivamente:

—No se moleste, doctor. Se calumnia al decir que no tiene sus pobres: yo les conozco bien y sabré encontrarlos.

Abelle había cogido el billete de mil francos. La moribunda pareció no comprender, tanto la dominaba ya la muerte con su sueño.

¡Carlos robaba á los pobres!

El médico, que se había alejado, lo llamó.

—Esta mujer,—le dijo,—está en las últimas; no será ella quien reciba á Dios mañana, sino Éste quien á ella la reciba. Tengo una enferma cerca de aquí; vendré de nuevo al amanecer.

La noche, tan pronto fué ruda como dulce para la moribunda. Durmió tan pronto tranquila y sonriente, como entre las ansias de la agonía.

Carlos Abelle no pensaba sino en el testamento. ¿Qué hacer? ¿Cómo decidirla á escribir? ¿Y si la guiara tomando en la suya su mano, como se hace con los colegiales? ¡Tres líneas están hechas tan pronto!

Por la mañana volvió á acercarse á Lucía y tornó á intentar, pero en vano, de ponerle en la mano la pluma. Era la suya una mano muerta, una mano ya fría.

Miró á su alrededor, como hombre que ve su fortuna escapársele.

—¡Ayer,—dijo,—todo esto era mío! ¡Ahora, todo ha volado!

No podía admitir la idea de que los últimos despojos de la fortuna de Lucía no serían suyos.

—¿Qué se hará de esto,—decía,—que me pertenece?

XII

El reloj que marca las horas de amor

Lucía había conservado, de su mobiliario de princesa, casi toda la alcoba. Nunca quiso vender un adorable relojito Luis XVI, de plata incrustada en oro, que se estipulaba en diez mil francos. Era éste su último lujo. Aquel reloj había marcado las mejores horas de su vida. Hablábale ella como á un confidente. Era su pos-trer amigo.

—Ese reloj,—pensó Abelle,—yo me lo llevaré. En la confusión de la última hora, nadie lo notará.

Pensaba, por otra parte, poner en su lugar el reloj del tocador.

Desde hacía algunas horas, Lucía no respondía cuando él la hablaba; le miraba y parecía no verle.

Creyendo que la joven dormía, se acercó á la chimenea y cogió el reloj de plata, como para asegurarse de que era fácil de llevar bajo el makferlán.

—Si me lo reclaman,—dijo,—contestaré que ella me lo dió.

Pero he aquí que en aquel instante Lucía preguntóle qué hora era.

Se estremeció.

—Este reloj está parado,—respondió.—¿Quieres que traiga aquí el del tocador?

—No; da cuerda á ése; ya sabes que le tengo en gran estima. Es el que señalará mi última hora. ¿Re-

cuerdas cuán dulce era su campanilla cuando por la noche nos decíamos locuras?

—¡Oh, Dios mío!—pensó Abelle con desesperación.—¡Se pone mejor!

Lucía alzó la cabeza.

—Me ahogo; dame una copa de agua y cierra la ventana.

Carlos Abelle apresuróse á hacer esto último. Cuando la llevó la copa de agua, Lucía había vuelto á cerrar los ojos.

—¡Esto ha concluído!—pensó.—¡Está muerta!

Cogióle la mano; la soltó.

—¡Ya helada!

Volvió á cogerle la mano y le robó una sortija con un diamante, única piedra que Lucía había conservado.

Volvió al reloj. Pero la doncella podía verle.

Fué á buscar su makferlán. La doncella dormía en el comedor.

—¿Cómo va la señora?

—Duerme. Voy á salir por un instante; volveré dentro de una hora.

Púsose el makferlán, volvió á la alcoba, cogió el reloj.

No quería volver la cabeza, pero la muerte llama á los vivos. La muerte posee un poder oculto que obliga á los ojos á mirarla.

Abelle se acercó nuevamente al lecho como para despedirse de Lucía.

Y el reloj sonó bajo su abrigo.

Lucía se despertó.

—¡Ya ves cómo anda!—murmuró, cual si volviera de un largo sueño.

Sabido es que el último pensamiento de los moribun-



dos es una inquietud del tiempo; preguntan la hora á cada minuto, como si presintieran que pronto oirán sonar la de la vida eterna.

Abelle fué cogido como un ladrón que ve á un gendarme.

—Espera,—añadió Lucía, haciéndole seña de que se apartase.—Déjame ver qué hora es.

Él obedeció á pesar suyo.

—¡Mi reloj! ¿Dónde está mi reloj?—exclamó Lucía.

Aquella mujer, que tal vez no hubiera vuelto á despertarse si no hubiera oído la campanilla del reloj, tuvo fuerzas para arrojarle de la cama y arrastrarse hasta la chimenea.

—¡Mi reloj, mi reloj!—repitió.

Estaba horrible. Su amante, asustado de sí mismo y de ella, asíóle de la mano para impedir que cayera.

Dios quiso que toda la luz se hiciese en el alma de Lucía, porque ésta vió su sortija en el dedo de Abelle.

—¡Qué has hecho!—le gritó.

Abrió sus grandes ojos, preguntándole con ellos si había tomado la prenda como un recuerdo de amor.

Pero los moribundos tienen la doble vista.

—¡Ha sido por su valor!—dijo.

Y se tapó los ojos, tambaleándose.

Abelle quiso impedir que se cayera; pero, en aquel movimiento, abrióse el makferlán, y Lucía vió el relojito.

—¡Ladrón!—exclamó.

Y cayó al decir esta palabra.